

LA NUEVA POLITICA SOVIETICA

Se ha dicho, con lo que parece ser una inclinación considerable hacia el lado de la exageración, que con la destitución de Nikita Sergeyeovich Jruschev, "el mundo ha entrado de repente en una era tan incierta como la que siguió a la muerte de Stalin en 1953". Lo que ha trascendido sobre la obra realizada—en muchos casos acaso esbozada nada más—en las pocas semanas que han transcurrido desde la destitución de Jruschev y la distribución de sus dos cargos principales entre dos personas, Leonid Ilyich Brezhnev como primer secretario del Comité Central del Partido Comunista y primera figura del Presidium de ese mismo Comité Central, y Nikolas Nikolaevich Kosygin, presidente del Consejo de Ministros, apunta en dos direcciones principales. Una, la más significativa quizá, la vuelta a la separación de los dos primeros cargos de carácter político y administrativo, cosa que había sucedido otras veces y que acaso pudo parecer que se convertiría en una característica peculiar del sistema comunista a lo largo del tiempo que medió entre la elevación de Stalin al cargo de primer secretario, a la muerte de Lenin, y la entrada de la Unión Soviética en la segunda guerra mundial.

La otra, aún no definida con mucha precisión, aspira a prometer la continuación de la misma política, tanto en lo nacional como en lo internacional, que se había venido perfilando y desarrollando en los últimos años. En su totalidad, esto es, naturalmente, una imposibilidad completa. Y no es probable que los nuevos dirigentes tengan otra intención, al insistir en ello, que el no provocar sospechas y recelos, algo acaso especialmente justificado si en verdad se tiene, como parecer ser, el propósito de no introducir alteraciones radicales en una política que no parecía estar muy consolidada y que en algunos aspectos podía encontrarse incluso en un estado de franca fluidez. Se comprendía el mucho hincapié que se hacía en que

no habría cambio alguno en la política de la "coexistencia pacífica" en las relaciones exteriores de la Unión Soviética, aunque para ello habría de ser necesaria la continuación también, en lo esencial, de la misma política que se había seguido últimamente en lo tocante a las relaciones entre los dos mayores partidos comunistas del mundo, el soviético y el chino.

Esta cuestión podría muy bien influir de una manera decidida en las relaciones entre los partidos—y los Gobiernos—comunistas de la Unión Soviética y los países de la Europa oriental, que parecen estar mucho menos conformes cada día con ese título de satélites que se les ha venido dando, merecidamente, sin duda. Aparte otras consideraciones, hay pocos motivos para no creer que el restablecimiento de relaciones cordiales entre Moscú y Pekín no fuese capaz de ejercer una influencia adversa, quizá muy decidida, en las relaciones entre Moscú y Belgrado, por ejemplo.

En cuanto a la política interior, se encontraba en una situación de tal incertidumbre, de manera muy especial en el aspecto económico, que lo único que de veras se podría hacer, al oírse hablar de la continuidad de la misma política anterior, sería preguntar de qué política se trataba, en realidad. En los años en que estuvo Jruschev al frente de la vida política y administrativa de la Unión Soviética, se habían producido muchos y grandes cambios, como la descentralización industrial y la supresión de las estaciones de maquinaria agrícola, uno de los grandes instrumentos de poder y coacción en los días de Stalin, se había llegado a la liquidación en teoría—en gran parte en la práctica también—de la poderosa policía especial. Con Jruschev se la dejó convertida en una especie de servicio normal de policía, acaso muy amplio y desarrollado, pero sin ninguna de aquellas vastas atribuciones que le daba el régimen autónomo adquirido desde el primer momento, bajo la dirección de Felix Dzerzhinski, y que fueron conservadas, revisadas y aumentadas, de manera singular, en los días de la segunda guerra mundial, cuando acabó convirtiéndose también en una organización de carácter militar, algo parecido a las S. S. de la Alemania nacionalsocialista. Esta situación, muy desarrollada, continuó hasta la detención, juicio y ejecución de Lavrenti Beria.

Estos y otros cambios eran muy importantes, pero es posible que los más importantes de todos estuviesen apenas perfilándose en unos momentos en que se buscaba dar un formidable impulso a la industria ligera, la relacionada con la producción de artículos de consumo. Era algo que también se había intentado otras veces, con variados y casi siempre muy

pobres, cuando no lamentables, resultados: acaso pudiera encontrar ahora un mayor estímulo en la imitación de sistemas y procedimientos de la sociedad capitalista de la Europa occidental, los Estados Unidos y el Japón, de lo que estaba haciendo demostración constante de alcanzar triunfos sensacionales, una de cuyas consecuencias más llamativas estaba en el crecimiento fantástico de los índices de producción y la consiguiente elevación de los niveles de vida, junto con la creación de unas llamativas condiciones de aparente estabilidad, una situación para la que se carecía en general de precedentes adecuados.

Se tenía la sospecha, quizá ya el convencimiento, de que en la Unión Soviética estaba empujando ya, francamente, una generación nueva cuyo rasgo dominante era la ingeniería, la especialización, la tecnocracia, una generación que acaso estuviese sintiendo impaciencia por alcanzar puestos de auténtica dirección en la vida nacional. De ser así podría pensarse, y algún motivo serio habría para ello, en que la transición cuyos comienzos podían fecharse históricamente con la muerte de Stalin, había entrado sencillamente, como advertía *The Economist*, de Londres, en "una fase nueva y fascinante".

En el mejor de los casos, sin embargo, este podría ser un factor, aunque posiblemente de mucha importancia, en la situación que culminó en la decisión de destituir—se habló oficialmente de dimisión a causa de la edad y el mal estado de salud, pero en seguida se advirtió que eso era sólo una manera de hablar, ni más ni menos—al hombre que de hecho había sido hasta entonces la representación de todo el poder político en la Unión Soviética, desde el año de 1953. Cuando apenas se había nombrado a Malenkov jefe del Gobierno, tomó éste la decisión, o se le obligó a tomarla, que es lo más probable, de ceder el puesto que venía ocupando en la Secretaría general del Partido, el primero después de la muerte de Stalin.

Aquí pareció iniciarse el retorno al sistema que tuvo vigencia entre los años de 1924, cuando se produjo la muerte de Lenin, y 1941, cuando los ejércitos alemanes emprendieron una de las acciones militares más sorprendentes de todos los tiempos: el gobierno de la nación se hizo desde la Secretaría del Comité Central del Partido Comunista y en la práctica, el título de presidente del Consejo de Ministros (todavía se llama Consejo de Comisarios del Pueblo, nombre que se conservó hasta el año de 1946) apenas podía ser más que la manera amistosa de designar un cargo cuyas funciones esenciales consistían en recibir instrucciones y hacer que se cum-

pliesen. Resulta fácil recordar a Stalin, pero sólo la especialización histórica aconseja recordar también a Rykov y a Molotov, los dos jefes del Gobierno soviético durante todos estos años, uno entre 1924 y 1930 y el otro entre 1930 y 1941.

La situación, un tanto embarazosa, en que se encontró el Gobierno soviético en sus relaciones con las potencias aliadas una vez que la guerra entre Alemania y la U. R. S. S. era un hecho, aconsejó que la persona que ocupaba la posición de mayor autoridad y poder, el secretario general del Partido Comunista, se hiciese cargo también de la dirección del Gobierno. Para los jefes de gobierno y Estado de las potencias aliadas, para todo el mecanismo gubernamental, resultaba embarazoso, incongruente incluso, pensar en que la autoridad real y decisiva en la Unión Soviética no era el jefe del Estado, un cargo puramente decorativo, sin otros atributos que los de la representación, que tenía, además, un marcado carácter colegiado, ni siquiera la del jefe del Gobierno, como suele suceder en los países de régimen democrático parlamentario. Lo que normalmente había sido un oscuro cargo de partidos políticos y sociedades cuyas funciones habían sido esencialmente de organización y administración, se había convertido en la Unión Soviética en la expresión máxima de la dirección de la vida nacional.

Una de las consecuencias de aquella fusión de los dos cargos en una sola persona, el de primer secretario y jefe del Gobierno, fué el desarrollo rápido de un proceso que había empezado antes, sin duda, y de lo cual podrían ser testimonio elocuente las depuraciones que fueron eliminando, de una manera sistemática y cruel, a todos los que podían ser o parecer que eran un peligro o un obstáculo para el desarrollo de un sistema de gobierno de carácter personal. Las condiciones excepcionales de un ambiente de guerra facilitaron extraordinariamente este proceso, y hacia el final, cuando la paz se había restablecido otra vez, la única duda sería que podría quedar no tenía nada que ver con la influencia real de la dirección del Partido comunista, convertida más allá de la persona y la voluntad de Stalin, en un coro de voces sin criterio propio: tenía que ver tan sólo en las posibles consecuencias de una concentración tan acabada del poder personal que llegase a hacer sumamente posible, acaso a la larga inevitable, un golpe con el que intentase apoderarse de la expresión no menos que la esencia del poder la persona—o personas—que de hecho lo había venido ejerciendo en virtud de las órdenes y disposiciones que por

su conducto iban llegando a los puntos e instrumentos de ejecución. Hay muchos indicios, por lo menos, de que Stalin había llegado a sentir la obsesión de la caída precisamente en unas circunstancias así, entre ellas los juegos y desplazamientos constantes en las posiciones de mayor categoría en la organización de la policía secreta y el fin trágico, a la larga, de todos sus jefes, con excepciones muy contadas.

La forma, todavía nada satisfactoriamente explicada, en que se procedió a la eliminación de Lavrenti Beria, un nombre al que se había visto subir y bajar algunos peldaños por las cumbres de la complicada estratificación del Poder soviético, puede ayudar en la definición de un sistema de gobierno que aún al cabo de años dedicados aparentemente a la restitución al Partido del poder que se había desviado hacia el lado personal de la ecuación, ha hecho necesarios cautelosos movimientos en la sombra para desembocar en el golpe definitivo y, en apariencia, cruel contra el hombre que unos instantes antes aún parecía ser todopoderoso. ¿Por qué se procedió así? Por temor, naturalmente, a que las maniobras y los movimientos para cuya realización fueron necesarias semanas, quizá muchos meses, pudiesen ser desbaratadas por el hombre que había conseguido concentrar de nuevo las manifestaciones del poder de tal modo que la decisión final sólo podía ser la suya propia, única y exclusiva. Para arrebatarse ese poder no bastaría con tener razón: se necesitaría también fuerza en la cual apoyarla, una vez llegado el momento decisivo.

Esa es la explicación, un poco ingenua o un poco maquiavélica—lo cual insinuaría la entrada de un factor nuevo en el panorama político de la Unión Soviética—que se ha querido dar a un hecho extraordinario que ha introducido cambios en la dirección máxima de la vida soviética sin producir al mismo tiempo ningún otro cambio. O queriendo dar la impresión, más bien, de que ni habría cambios como consecuencia inmediata de la destitución de Jruschev, ni se podía esperar que los hubiese.

* * *

En lo que a la estructura concierne, era ésta la tercera vez que se afirmaba la posición de prioridad absoluta del Partido. En la teoría comunista, todo el poder es político, pero si la dirección de un país se puede hacer desde la dirección de un partido político, no sería fácil que la organización burocrática de ese partido, por muy compleja y desarrollada que hubiese llegado a ser, sirviese también y al mismo tiempo para la ejecu-

ción y administración de la vida nacional de ese modo dirigida. En la vida soviética se distinguen tres elementos fundamentales: el Partido, el Gobierno, con todo su aparato burocrático, administrativo, militar, judicial, etc., y el Soviet Supremo, el órgano legislativo bicameral formado por el Soviet de la Unión, en la actualidad con 791 miembros, uno por cada 300.000 habitantes, aproximadamente, de elección popular y lista única, y el Soviet de las Nacionalidades, con 625 miembros, en representación de las repúblicas de la Unión, 25 por cada una; las repúblicas autónomas, 11 por cada una; las regiones autónomas, cinco por cada una, y los territorios nacionales, uno por cada uno. Este Soviet Supremo termina en un Presidium del Soviet Supremo, una especie de comisión permanente, con un presidente, 15 vicepresidentes (uno por cada una de las repúblicas de la Unión), 16 miembros y un secretario. Este organismo en su totalidad asume también las funciones de carácter formal y ceremonial del jefe del Estado, en su condición de autoridad suprema durante todo el tiempo en que el Soviet Supremo no está reunido. Entre las funciones de este Presidium está, en teoría, la designación del presidente del Consejo de Ministros.

El Partido comunista sale del mismo sitio del que se arranca, originalmente, para llegar hasta el Soviet Supremo y, en definitiva, el Presidium del Soviet Supremo: las granjas colectivas y estatales, las fábricas, aldeas, poblaciones y ciudades en que viven y trabajan 220 millones de rusos. Con una diferencia importante: que para ser miembro del Partido, cuya organización comienza en las células de campesinos, obreros, burócratas y soldados, en las granjas, poblaciones, fábricas, oficinas públicas y cuarteles, es preciso pasar por el tamiz de la información y la selección. En un país de las dimensiones, geográficas y demográficas, de la Unión Soviética, había, según los datos más recientes, un Partido comunista con unos 10 millones de miembros. Si se tiene en cuenta que el Partido comunista es la única organización política con vida legal, que el carnet de miembro es el mejor de todos los documentos de posible identificación personal, que la vida entera de la nación, desde las ocupaciones más modestas a los cargos más deslumbrantes, está total y rigurosamente controlada y dirigida por el Partido comunista, es fácil comprender que sólo un sistema cerrado de investigación y admisión puede ser la causa de que apenas lleguen al 5 por 100 de la población los miembros del Partido comunista de la Unión Soviética.

El movimiento ascensional dentro del Partido comunista, una vez que se ha conseguido la admisión en una unidad—célula—de base, es mucho más complicado que el que se sigue por el otro lado, el legislativo, resumido en unas elecciones donde sólo es posible votar las candidaturas que han sido preparadas por las direcciones, centrales, estatales, regionales y así sucesivamente, del Partido comunista. A través de las direcciones de célula, regionales, etc., se llega a la dirección en las repúblicas de la Unión y en la Unión Soviética misma, a la dirección general del Partido, que es el Comité Central, salido el último del XXII Congreso, celebrado en octubre de 1961, con 175 miembros titulares, con voto, y 155 miembros candidatos, que son bastante más que meros suplentes, pero sin voto, puesto que tienen sitio en sus reuniones regulares. Las reuniones del Comité Central deben celebrarse una vez cada seis meses, por lo menos, y su misión específica es dar cumplimiento a los acuerdos adoptados en el Congreso del Partido.

Del Comité Central salen dos organismos muy importantes. Uno es, como en el Soviet Supremo, el Presidium, en la actualidad formado por diez miembros (se han producido dos vacantes, por lo menos, pues existe la posibilidad de una tercera, la de Frol Kozlov, al parecer muy enfermo: la de Kuusinen, fallecido, y la de Jrushev, destituido) y cinco miembros alternos. El otro es el secretariado, con 14 secretarios (y dos vacantes, por lo menos, la de los mismos Kuusinen y Jrushev, y acaso la de Kozlov también) debidas a fallecimientos y destituciones. En este secretariado ocupa el primer puesto la persona que lleva, de hecho, la dirección máxima en la vida del Partido y la nación.

* * *

El procedimiento seguido para la destitución de Jrushev pareció haber culminado, cuando, era evidente, estaba ya todo dispuesto, en la celebración de una reunión del Presidium del Comité Central. De allí salió un acuerdo que se tradujo en la convocatoria inmediata—y muy secreta—de una reunión extraordinaria de todo el Comité Central, en la que, al cabo de una sesión que duró toda la noche del 14 al 15 de octubre pasado, se ratificó, aunque sólo por una pequeña mayoría, según se cree, el acuerdo tomado ya, el día 13, por el Presidium. La decisión del Presidium había sido unánime. Pero en el Comité Central casi se repitió una experiencia anterior, en la lucha entre Jrushev y el llamado grupo “antipartido”.

Inmediatamente, con Jrushev ya destituido como primer secretario del Comité Central y miembro de su Presidium, se reunió el Presidium del Soviet Supremo, para tomar una decisión puramente formularia: la destitución de Jrushev como presidente del Consejo de Ministros y el nombramiento, para cubrir esa vacante, del hombre que en realidad había dirigido, con carácter interino, todas las actividades gubernamentales durante períodos de tiempos en que el titular estaba ausente de Moscú, que en ocasiones habían sido muy dilatados. (En total, Jrushev había dedicado a los viajes y visitas más allá de las fronteras de su país, en los últimos siete años, unos veintidós meses. Además, deberían tenerse en cuenta los frecuentes y a veces prolongados viajes por el interior y las temporadas, más largas a medida que iban pasando los años, de descanso por las orillas del Mar Negro, por lo que resulta fácil llegar a la conclusión de que la dirección efectiva del Gobierno estaba en manos del vicepresidente primero del Consejo de Ministros, Kosygin, mucho más que de Jrushev. Cuando se dieron los últimos toques al plan de destitución, Jrushev estaba de nuevo en la Crimea. La casualidad—o las precauciones—quiso que en el momento acaso decisivo también estuviesen ausentes de Moscú dos ayudantes o colaboradores de la más íntima confianza, quizá con la misión especial de estar muy atentos a lo que podía suceder durante su ausencia. Eso serviría para explicar cómo Jrushev se vio sorprendido al encontrarse lejos de los instrumentos decisivos para el posible ejercicio del poder en el momento más crítico de toda su vida política. También por este lado hay, pues, indicios que hablan de una preparación sumamente delicada y prudente, una manera más de explicar ese ambiente de secreto del que empezaron a ser manifestaciones asombrosas la falta de los retratos de Jrushev de los lugares públicos, uno de los cuales, de grandes dimensiones, 2,5 metros de alto, ocupaba un espacio singularmente conspicuo al lado del Kremlin. Los corresponsales extranjeros que acudieron a telegrafiar, muy de mañana, al darse cuenta de aquella ausencia, se encontraron con que tampoco estaba el retrato de Jrushev en el despacho central de telégrafos. “¿Cuándo había sido quitado de allí?”, preguntó uno a la joven del servicio de información: “Durante la noche—contestó, con una sencilla contracción de hombros—. Esas cosas siempre se hacen durante la noche.” A medida que avanzaba el día, era el 15 de octubre, iban los corresponsales extranjeros tropezando con más cosas llamativas. Hacia la caída de la tarde, algunos empezaron a mostrar impaciencia, ante la demora en la

salida a la calle de *Izvestia*, el órgano oficial del Gobierno—*Pravda*, el más importante de los dos grandes diarios de Moscú, es el órgano del Comité Central del Partido Comunista, es decir, de su Presidium—, lo que solía ocurrir entre las cinco y las seis. Pasaba el tiempo y ese periódico no se ponía a la venta. Se dice que un corresponsal extranjero que se encontraba de visita en los talleres de *Izvestia*, preguntó directamente a un tipógrafo dónde estaba el señor Adzhubei, quien había llegado, evidentemente, a la dirección del periódico más que por razón de sus méritos personales, por estar casado con Rada Jrushev, hija del jefe del Gobierno. La contestación fué, si es cierta la versión que de ella se ha dado, sorprendente: “Yo no sé dónde puede estar ese imbécil”, se asegura que respondió el tipógrafo. De no haber sabido ya ese tipógrafo que el director de *Izvestia* (y el de *Pravda*, es más) figuraba en la lista de las destituciones, una respuesta como esa nunca hubiera sido imposible. Habría sido imposible también, sin duda, la versión que de ella se ha dado y que, dadas las circunstancias, bien pudiera tenerse por cierta.)

* * *

Si la política es, como dijo Napoleón, un juego para mayores, acaso sea necesario convenir que el desarrollo del *homo politicus* soviético es todavía un poco deficiente. Esto no quiere decir que lo que se ha hecho no sea, a su manera, una pieza maestra. Quiere decir únicamente que se hizo en este caso lo que ya se había hecho con Malenkov, lo que se hizo, sobre todo, con Beria, son demostraciones de lo bien que se ha aprendido una lección que parece ser ley fundamental de la vida política rusa, en tiempos de los zares no menos que en tiempos de los comunistas. Los cambios, los grandes cambios sobre todo, pueden acabar siendo la consecuencia de reacciones estimuladas por intereses especiales, con un carácter nacional genuino, o tener explicación en motivaciones de un orden pura o preponderantemente personal, pero el quid de la cuestión está en la forma de manifestarse. A pesar de ser tantas y tan poderosas las razones que se dieron para explicar lo que se hizo con Jrushev, en nombre de los mejores y más nobles intereses nacionales y para el restablecimiento total del control directo del Partido en la vida y administración del país, no sólo se consideró absolutamente necesario que el desarrollo de la acción se hiciera en secreto, sino que el secreto continuó por espacio de horas y horas después de haber sido Jrushev destituido y después de haber sido retiradas de

los lugares públicos las expresiones gráficas de una autoridad y un poder ya desaparecidos. Eso sólo podrá decir una cosa: que se necesitaba aún tiempo para consolidar y afianzar las posiciones que se habían, de hecho, conquistado, en virtud de un golpe de Estado.

Se pone en boca de un funcionario del Partido comunista italiano el comentario que calificó a sus camaradas soviéticos como "elefantes, siempre elefantes. Están carentes de nuestra diplomacia maquiavélica". Quizá, pero en el caso de ser elefantes, son, como algunos excelentes ejemplares de circo, unos elefantes que han aprendido la lección de una manera tan maravillosa que lo que produce una clara, casi incómoda, sensación de torpeza en el movimiento es toda sutileza en la ejecución.

Pero, y dejando a un lado consideraciones como éstas y sin pensar demasiado todavía en la lista impresionante de cargos que se acabó preparando contra Jrushev, como justificación razonaba de lo que con él se hizo, lo sucedido había sido sorprendente. Contra Jrushev se habían confabulado, conviene no perderlo de vista, las personas que habían sido sus grandes amigos políticos y hasta, en algunos casos, los amigos personales de toda la vida. Eran amigos que habían trabajado con él y dado cumplimiento a sus directrices e instrucciones, al parecer a entera satisfacción, puesto que acabaron escalando los puestos de la mayor responsabilidad y autoridad, hasta encontrarse inmediatamente por debajo de su propia posición al frente del Partido y el Gobierno. Fueron sus amigos los que hicieron esto y los que lo dieron después, a su manera, sin duda, a la publicidad, para producir asombro o indiferencia. Por un lado, podía estar la indiferencia del que está acostumbrado ya a las "cosas de Rusia". Por el otro lado, el asombro de quienes sintieron la necesidad de pensar en cómo es posible permitir la continuación de un hombre como Jrushev al frente de unos puestos cuando desde ellos se hicieron, a lo largo de los años, las cosas que ahora se le acusa de haber hecho. Pero esto—y no se trata de quitar la más pequeña importancia a las acusaciones, ni de insinuar siquiera que no son ciertas en todos los detalles—es una parte nada más, aunque fundamental, del sistema de gobierno de Rusia, la Rusia de ayer y la de hoy, un sistema que posiblemente se quiera cambiar, que la Revolución de octubre ha cambiado en muchos aspectos, pero donde todavía no se ha puesto de manifiesto la existencia de una manera ordenada de ejercer la autoridad y el poder del Estado. La sucesión, cuando

llega, se hace a grandes saltos de vértigo, con golpes de teatro que alucinan a la vez que deslumbran. Y todo ello, ¿por qué?

* * *

En la situación a que se ha llegado, actúan fuerzas tradicionales y fuerzas nuevas cuyas líneas de dirección no siempre—casi nunca, más bien—son paralelas. Están muy visibles, por ejemplo, algunas de ellas, como esa generación joven y en general sumamente bien preparada, en la teoría quizá mucho más todavía que en la práctica, que siente la necesidad de hacer grandes cosas y para lo cual estima que es condición fundamental el introducir grandes cambios en una dirección que todavía produce la impresión de estar rígidamente aferrada a los dislocadores—y estranguladores—principios del marxismo-leninismo, concebidos esencialmente para justificar la necesidad de destruir un determinado orden de cosas mucho más que para la construcción de lo que había de sucederle, para lo cual se empezaba por carecer por completo de experiencia.

En un país de enormes posibilidades, recursos poco menos que ilimitados, pero con un desarrollo que era muy desigual, vacilante a veces, increíblemente audaz otras, en el que han hecho estragos, además, las tremendas equivocaciones, dislocaciones y destrucciones de la revolución y la guerra, es inevitable la rivalidad y competencia de dos fuerzas—o necesidades—de vastas dimensiones simbolizadas en la Unión Soviética en dos importantes servicios del Gobierno, que durante largos períodos de tiempo han sido agrupados en dos ministerios, el de la Industria pesada y el de la industria ligera. Por un lado, están las necesidades de todo lo que acaba resumido en una expresión: la defensa nacional. Por el otro está la necesidad, la expectación y, en definitiva, la impaciencia del consumidor nacional. Hasta ahora y por la Unión Soviética no ha sido posible iniciar siquiera un programa encaminado decididamente a cubrir en forma adecuada las necesidades de una u otra de estas dos grandes clasificaciones, sin que se produjesen repercusiones muy desfavorables para la otra. Y, en definitiva, sin que se produjesen también serios movimientos de resistencia por el lado que se consideraba víctima inocente e injustificada de peligrosos proyectos de reforma.

No se perdería el tiempo, tal vez, si se pensase en que la batalla en que de hecho estuvo empeñado Jrushev contra Malenkov, iniciada, sin duda, en el momento mismo en que Malenkov abandonó el puesto de primer se-

cretario de lo que se había llamado largamente (hasta 1952) Buró Político del Comité Central, se ganó finalmente en 1955, con la dimisión, también forzada, de Malenkov como presidente del Consejo de Ministros, por razón de la eficacia con que Jruschev defendió el principio de que era una necesidad absoluta la concesión de prioridad a la industria pesada, porque sin ella no era posible el desarrollo adecuado de la potencia militar de la nación, que había sufrido gravemente, según Jruschev, las consecuencias de una equivocada política, por prestar Malenkov atención preferente y urgente al desarrollo de la producción de artículos de consumo.

No deja de ser curiosa la importancia que ahora se da a la equivocación de Jruschev, quien al parecer cayó en seguida en el mismo error que le había permitido criticar a Malenkov con gran dureza: dedicar una atención—díneros y esfuerzos—preferente a la industria ligera, para aumentar la producción de artículos de consumo, a costa de la industria pesada, que ahora se llegó a presentar no en la forma de serias repercusiones para la defensa nacional, pues en los tiempos de la campaña activa en favor de la “coexistencia pacífica” no es prudente hacer especial hincapié en la construcción de armamento y en particular del armamento atómico, sino de entorpecimiento y fallos en la producción de cosas tan necesarias como la maquinaria potente y moderna para impulsar la explotación minera y la tubería indispensable para la construcción de dos sistemas de oleoductos de grandes dimensiones, de más de 3.000 kilómetros de longitud cada uno, que desde la región central siberiana, donde han sido descubiertos ricos yacimientos de petróleo y de gas natural, marchan uno en dirección oeste, hasta la Europa central y las costas del Mar Báltico, y el otro hacia el este, hasta la región de Irkutsk, con la posibilidad de seguir adelante, hasta la costa del Pacífico por las proximidades de Vladivostok. Esta presentación de la rivalidad entre esas dos fuerzas poderosas ha producido impresión y se ha considerado como una de las grandes equivocaciones de Jruschev. No la única, ni mucho menos.

No menos llamativo, en estos momentos de tremenda tensión—que acaso ha disminuído un poco y más en la apariencia que en la realidad, en la forma que en el fondo de una cuestión en la que las diferencias ideológicas son poco más que un gran pretexto—entre Pekín y Moscú, que la doctrina en que se apoyó Jruschev para forzar la dimisión de Malenkov (que hizo al retirarse una humillante confesión de errores) es la doctrina que se defiende con ardor por la dirección del Partido comunista chino. La nece-

sidad de intensificar y aumentar la producción de la industria pesada estaba más que justificada en el hecho fundamental de que la guerra nuclear sólo destruiría al régimen capitalista.

En contacto con la realidad, que por un lado ofrecía las perspectivas tan escalofriantes como absurdas del poder nuclear de la Unión Soviética y los Estados Unidos, que se continuaba acumulando innecesariamente, hasta representar ya varias veces, acaso muchas veces, la potencia máxima del *overkill*, la teoría de matar o rematar lo que había quedado ya, en hipótesis, tendido, sin vida, en el campo de la devastación nuclear, y que por el otro no contaba con nada para satisfacer las ansias y los anhelos de los artículos de consumo con los cuales cubrir adecuadamente necesidades mucho más que deseos de alguna comodidad, Jruschev fué abandonando unas posiciones que la dirección comunista china pasó a cubrir sin pérdida de tiempo.

Lo que entonces contribuyó, sin duda, a la caída de Malenkov y la consiguiente elevación de Jruschev, ha servido ahora, aunque sólo fuese como una fuerza siempre importante, para preparar o precipitar la caída del propio Jruschev. Pudiera ser una pura—y extraña—coincidencia el hecho de que muy poco antes de su destitución, Jruschev hubiera anunciado, en una reunión de dirigentes del Partido y el Gobierno, que con la buena cosecha de 1964 y unas condiciones en general satisfactorias, cuando no francamente favorables, había sonado la hora de dar un gran salto adelante en el programa del aumento decidido de la producción de artículos de consumo.

Jruschev sentía la necesidad, era evidente, de dar dos pasos en vez de uno, al prometer alguna satisfacción importante y muy próxima de las necesidades de consumo y, al mismo tiempo, hacer un esfuerzo decisivo por restaurar y restablecer una imagen de sí mismo que había sufrido tremendamente desde los días en que había prometido algo más que proceder al entierro del régimen capitalista: haber saltado por encima, para estos mismos días en que ahora nos encontramos, de mucha de la producción agrícola de los Estados Unidos, sobre la base de los índices *per capita*, que son para estas cosas los fundamentales, y alcanzar también un estado de superabundancia y amplia distribución del trabajo y el ocio para un plazo máximo de veinte años. Entre las deslumbrantes promesas y las duras realidades estaban las colas ante las tahonas, un espectáculo que se llegó a creer desaparecido para siempre, y las importaciones de trigo en cantida-

udes realmente fantásticas, entre ellas trigo norteamericano por valor de unos 450 millones de dólares.

Esa situación de aparente—de evidente—contradicción irreconciliable entre las promesas y la realidad apenas podía conducir a otra cosa, salvo la presencia de algún hecho o factor inesperado, que el endurecimiento de la decisión de buscarle alguna salida y el consiguiente endurecimiento paralelo de la resistencia de las fuerzas que tenían el presentimiento—el convencimiento más bien—que eso sólo podría intentarse a costa suya. Podía tenerse la seguridad de que había en perspectiva nuevas y acaso más fuertes reducciones en los gastos militares, para acentuar más el desarrollo de la producción de artículos de consumo. Y la posibilidad, acaso la seguridad, de que contra Jrushev se volviesen los mismos mariscales que lo habían salvado en un momento crítico para él. Había sido el momento en que se produjo la confrontación con el grupo llamado “anti partido”, que empezó con la derrota de Jrushev en el Presidium y la salvación en el pleno del Comité Central. Aquella crisis pudo evitarse al reunirse en seguida, gracias a las facilidades que le dió el mariscal Zhukov, ministro de Defensa, quien más tarde fué destituido en forma extraña y pasado a la situación de retirado forzoso, al poner a su disposición los aviones militares necesarios para el traslado urgente de docenas de miembros del Comité Central. Los mismos mariscales que hace unos pocos años nada más estaban resueltamente al lado de Jrushev, parecían haber llegado a la conclusión de que su permanencia en el Poder había llegado a ser un peligro demasiado grave. En las tensiones a que esta situación dió lugar se vieron cogidos, sin duda, Jrushev y Brezhnev, dos hombres cuya vida política había tenido un desarrollo paralelo, con uno en apariencia identificado enteramente con el otro, hasta el punto de haberse tomado la decisión (por iniciativa aparente de Jrushev, aun cuando en este caso muy bien pudiera ser que Jrushev hubiese aceptado la conclusión de otras iniciativas, en cuyo caso se estarían dando ya los pasos para su alejamiento del poder) de retirar a Brezhnev de la presidencia del Presidium del Soviet Supremo, para colocarlo al frente de la Secretaría general del Comité Central, en un puesto secundario sólo en relación con el que Jrushev seguía ocupando. Pero con la tremenda diferencia de actuar sobre uno y otro de manera muy distinta, encontrada.

Es posible que la consigna de paz y abundancia fuese la ruina de Jrushev, como había sido la ruina de Malenkov. Hacia su lado se fué desvian-

do gradualmente la atención de Jrushev, muy poco después de haber forzado la salida de Malenkov, para colocar en su puesto al mariscal Bulganin, que ya era presentado como el inferior, nunca como el igual, del primer secretario del Comité Central, en la posición, en fin, que habían ocupado Rykov y Molotov en relación con Stalin.

La lucha podía ser, habría de ser, muy dura. El ambiente parecía haber experimentado grandes, trascendentales cambios en relación con la situación que existía en los días de las grandes depuraciones de los años 30, seguidas invariablemente de las listas de fusilamientos y de los relatos, cuyo único medio posible de propagación era la clandestinidad, de la vida en los campos de trabajos forzados de la Siberia o de las zonas mineras y madereras por encima del círculo ártico, una situación a la que de algún modo pretendían contestar los carteles de la N. K. V. D. en que se sentaba una sombría declaración de fe: "Moscú no cree en las lágrimas."

Pero, en definitiva, ¿quedaba otro camino posible? ¿Qué habría sido de todos los intentos imaginables, y acaso se hubiera hecho más de uno, por llevar al ánimo de Jrushev el convencimiento de que era ya necesaria, más bien que conveniente, la vuelta al verdadero camino, el camino de la tradición que había sido, desde el principio, el del desarrollo constante y creciente de la industria pesada, la industria de los armamentos, porque, en definitiva, no se podría hacer otra cosa en un mundo de probada, reiterada enemistad irreconciliable hacia el régimen comunista? No en balde uno de los principios inmutables, inconvencibles, del dogma marxista era el carácter de inevitabilidad que tenía la guerra, hija de las contradicciones del capitalismo y de la decisión final de hacer un intento supremo por evitar con las armas lo que de otro modo se había llegado a considerar como la consecuencia definitiva de la situación a que, sin remedio, conducía el desarrollo de una sociedad industrializada.

Hablar de la satisfacción o del intento de satisfacción de la necesidad de artículos de consumo a cambio de crear condiciones de debilidad en la única garantía posible de supervivencia que podía tener el régimen comunista, rodeado por la hostilidad, era poner el coche delante de los caballos, una herejía y un ultraje a los principios básicos del marxismo-leninismo. Pero Jrushev producía ya la impresión de estar haciendo una demostración constante de su asombrosa capacidad de supervivencia. Y con la misma facilidad aparente con que se afirmó la existencia de caminos diversos para llegar al Estado socialista, en los momentos en que estaba de moda

la ofensiva contra el "culto a la personalidad" de Stalin y los procedimientos crueles del stalinismo, se insistió más tarde en la importancia decisiva del cultivo del maíz en gran escala con miras a imitar a los Estados Unidos y, al disponer de grandes cantidades de piensos, crear las condiciones esenciales para la producción de carne de cerdo en cantidades enormes para, de esa manera, ayudar a la gente a pensar, a tiempo que se comían buenos y grandes trozos de carne, en las ventajas del sistema socialista.

Cada nuevo tropiezo parecía traducirse en el estímulo necesario para volver con mayor fuerza y decisión sobre el mismo tema. La consigna de la paz y la abundancia que había acabado con Malenkov se había convertido en la obsesión de su sucesor y cuanto mayor era la fuerza de los golpes con que la oposición o la adversidad pretendían echar abajo aspectos importantes de su programa y su acción de gobierno, mayor parecía ser la energía con que se reanudaba o emprendía la marcha en la misma dirección. Parecía estarse ante el espectáculo, siempre viejo y siempre llamativo, de la *vanka-vstanka*, esa tradicional muñeca rusa que se endereza cada vez que recibe el golpe que la deja tumbada, sólo por un instante. La capacidad de recuperación de Jrushev parecía, ciertamente, inagotable y cuanto mayores eran las presiones en favor de un nuevo y más decidido hincapié en el desarrollo de la industria pesada, mayor era su insistencia en que con la ayuda de un buen plato de *goulash*, el suculento guiso de carne y vegetales de Hungría, cualquier lección de marxismo-leninismo entraría mejor, por complicada y difícil que fuese.

* * *

El aspecto ideológico de la cuestión que acabó situando a las direcciones de los partidos comunistas ruso y chino en campos encontrados, de una hostilidad en apariencia irreconciliable, entró en una fase crítica en los meses finales de 1957, cuando oficialmente se anunció que la Unión Soviética estaba en posesión del instrumento definitivo para el transporte de las cargas nucleares hacia un objetivo, el proyectil balístico de alcance intercontinental. Al fin, la Unión Soviética tenía en sus manos una superioridad en teoría decisiva. Pero en vez de valerse de ello para ejercer una presión irresistible sobre el campo enemigo, el capitalista, sobre los Estados Unidos, en fin de cuentas, que era lo que pedía el Partido comunista chino, Jrushev creó la impresión de aprovecharse de aquella aparente superioridad para dar mayor impulso a la política de la "coexis-

tencia pacífica” y ayudar de esta manera al desarrollo de unas condiciones que hiciesen posible una reducción efectiva de las fuerzas armadas y de su presupuesto de gastos para, de ese modo, disponer de mayores recursos con los cuales dar un mayor impulso al programa de desarrollo industrial y agrícola para convertir en una realidad inmediata la consigna de “paz y abundancia”.

La historia del enfrentamiento creciente y agresivo de la dirección de los mayores partidos comunistas es un hecho evidente de estos últimos años y al cual apenas es posible hacer aquí más que una alusión, por haberse convertido, sin duda, en uno de los grandes acontecimientos de estos tiempos y seguramente también en una de las causas que de una manera más directa han contribuido a la caída de Jrushev. Antes de prestar alguna atención a este aspecto de la cuestión, de especial importancia por afectar no sólo a la situación interna de la U. R. S. S., sino por ser parte principal y directa del cuadro general de las relaciones internacionales, de las grandes y las pequeñas potencias por igual, pero muy especialmente de las grandes, acaso resultase de utilidad la presentación, en forma muy resumida, de algunas de las muchas y graves acusaciones que se han presentado contra Jrushev, en demostración de las razones que tenía la dirección de su partido para proceder contra él.

Se le acusó de una dirección muy mala en el conflicto de Suez, al producirse la amenaza soviética contra Francia e Inglaterra a causa de su intervención militar en defensa aparentemente de los derechos contractuales de la Compañía del Canal de Suez, cuya propiedad en Egipto había sido nacionalizada, y en apoyo en realidad de la ofensiva de Israel contra Egipto; de revelación de secretos internos al hablar de una “superbomba” en la entrevista concedida a un grupo de visitantes japoneses, muy poco antes de su destitución; de haber hecho concesión de un empréstito importante, del equivalente de unos 300 millones de dólares, al presidente de la R. A. U., Gamal Abdel Nasser, sin haber contado con el Partido ni el Gobierno, y de haberle concedido, además, la más alta condecoración soviética, la medalla de “Héroe de la U. R. S. S.”, lo que para muchos comunistas ha sido un ultraje, en vista de la actitud, tan dura, que el presidente Nasser había adoptado contra los comunistas egipcios; de haber adoptado actitudes descorteses y ofensivas, como el quitarse un zapato para llamar la atención, dando golpes con él durante una sesión de la Asamblea General de las Na-

ciones Unidas, y la forma incorrecta, en ocasiones insultante, de dirigirse a muchas personalidades, unas veces invitadas suyas, otras invitantes, y, en fin, el gran fracaso que ha significado la acción gubernamental de la Unión Soviética en el campo de la economía bajo la dirección de Jruschev, tanto en las relaciones con los países de régimen comunista, miembros del COMECON, el Consejo para la Cooperación Económica, que ha querido convertirse en una especie de mercado común del mundo comunista, y contra el cual acabaron produciéndose actos de franca rebeldía, como sucedió en el caso de Rumanía, que se negó, sencillamente, a la aceptación de sus "recomendaciones", o como en aspectos fundamentales de la economía nacional, de lo cual es un buen ejemplo el programa de las llamadas "tierras vírgenes". En contra de los consejos y los informes de muchos técnicos y políticos, Jruschev decidió poner en marcha—uno de sus grandes colaboradores en la empresa fué Brezhnev—un ambicioso programa para aumentar fantásticamente la producción de granos y de esa manera colocar de nuevo a la Unión Soviética en el primer puesto en el mercado de cereales del mundo. Se trataba sencillamente de cultivar 40 millones de hectáreas de tierras vírgenes, tierras con pobres condiciones naturales, sumamente delgadas, al borde mismo del desierto, en regiones con gran escasez de agua y una fuerte inclinación hacia la aridez. Una operación de cultivo como aquélla, en tan vasta escala, con la ayuda de cientos y miles de tractores, arados modernos, camiones y el desplazamiento de cientos de miles de personas, de millones de toneladas de mercancías de muchas clases, todo lo cual asumía la magnitud de una empresa única en su clase, podía convertirse fácilmente en una gran catástrofe. Jruschev no escuchó los consejos de prudencia ni las expresiones de inquietud y siguió adelante con el desarrollo de ese programa que para su futura desgracia se tradujo el primer año, por la coincidencia de unas lluvias muy por encima de lo normal, en un éxito esperanzador, pues dió una cosecha relativamente buena. Las perspectivas eran, pues, favorables y en el desarrollo de las "tierras vírgenes" se fueron haciendo mayores inversiones a medida que, en muy pocos años, empezó a producirse un descenso acusado en el rendimiento. Por las "tierras vírgenes" no sólo la producción de las cosechas se ha reducido de año en año y las diferencias entre el costo y el rendimiento han resultado en un déficit enorme, del cual no se han publicado datos, sino que han asomado ya las primeras tormentas de polvo que se hicieron trágicamente célebres por los Estados Unidos en los años 30, y la perspectiva de un salto

prodigioso hacia adelante del desierto, que está convirtiéndose ya en una realidad.

Se había aumentado fabulosamente la superficie cultivada, se había incurrido en pérdidas tan fantásticas como la resultante del abandono bajo la nieve, sin la más pequeña protección de lonas y grasas, de 30.000 máquinas cosechadoras al final de una temporada, y el resultado de todo ello quedó resumido en un informe de las Naciones Unidas, que decía, en 1961:

“Por tercer año consecutivo, la producción agrícola global no ha aumentado, por así decir, en la Unión Soviética.” Las compras de dimensiones también sin precedentes, las mayores jamás hechas por país alguno del mundo en un solo año, de millones de toneladas, vinieron a demostrar, el año crítico de 1963, que la situación alimenticia en la Unión Soviética era mucho más que grave, angustiada. Pero la *vanka-vstanka* volvió a su sitio, después del rudo golpe de una adversidad que no había llegado por sorpresa, porque habían abundado los consejos y las advertencias, incluso de Malenkov, cuyo programa de Gobierno había hecho especial hincapié en el cultivo intensivo de las tierras más ricas, de una capacidad de rendimiento tradicionalmente conocida, mediante el recurso a los abonos químicos.

Jrushev acabó pensando en los abonos, con los cuales se había hecho una política de derroche y despilfarro, a menudo dejándolos convertidos en grandes montones a la entrada de las granjas colectivas, en los que jugaban los niños, deslizándose como en un tobogán por los lados de una masa ablandada primero por el agua, endurecida después por el sol. Pero mejor es seguir adelante un poco más con el resumen de los cargos presentados contra Jrushev por los nuevos dirigentes.

Se le acusa de haber querido imponer sus propias ideas personales a los dirigentes de los partidos comunistas de los países de la Europa oriental, llegando al extremo de querer imponer a Rumanía el tipo de cultivos que se debería adoptar; de asumir una dirección puramente personal del Gobierno, sin tener en cuenta las conclusiones y decisiones del Presidium del Comité Central; se le acusa del ejercicio del nepotismo en vasta escala, de elevar a sus hijos y a su yerno a la ocupación de cargos de creciente importancia, sin consultar con nadie ni tener en cuenta la opinión del Partido y el Gobierno, del intento de colocar a su propia esposa al frente de la Organización de mujeres soviéticas; se le acusa de arrastrar a la U. R. S. S. al borde de la guerra con el envío, por decisión personal, de proyectiles dirigidos a Cuba, para ser retirados después en circunstancias

que se califican de humillantes, en vista de la actitud firme del presidente de los Estados Unidos, y del intento de imponer sus propias ideas sobre los cultivos y las clases de productos que se deberían cultivar; se le acusa del desarrollo del culto a la personalidad, de la imposición de planes anti-económicos en la construcción de viviendas y de vías de comunicaciones en Moscú, de intromisiones injustificadas en la vida cultural y artística, de disponer personalmente que se terminase la política de gradual reducción de los impuestos, con lo que se produjo un gran malestar en la población y, en fin, de llevar adelante, en forma agresiva e insultante, la lucha ideológica contra la dirección del Partido comunista chino.

El pliego de cargos es impresionante, sencillamente. Y más todavía por no existir, en realidad, posibilidad alguna de hacer una defensa efectiva. Muchas de las cosas de que se le acusa son, en apariencia, verdad. Que los miembros de su familia gozaban de un trato de favor excepcional, es evidente, como lo es la impresión de que Jruschev es un hombre de carácter voluble, que tan pronto es simpático como agresivo, cordial como insultante; que Jruschev ha llegado a ser considerado como el enemigo peor y más odiado de la dirección del Partido comunista chino, también es evidente, y una razón, acaso nada más que por eso, que muy bien pudiera justificar el paso que se ha dado, aun cuando a duras penas de la forma en que se ha dado.

* * *

Las relaciones con China, o la forma gradual y rápida con que esas relaciones habían entrado en la fase peligrosa de un alarmante deterioro, han llegado a convertirse en un aspecto fundamental de la vida política de la Unión Soviética. No sólo con ello se estaba corriendo el riesgo de crear tensiones capaces de ser causa, a la larga, de roces y fricciones a un lado y otro de una frontera de miles de kilómetros, como estaban siendo ya causa de reivindicaciones formales trozos de territorio, algunos de grandes dimensiones, que China consideraba que le habían sido arrebatados, para acusar así la existencia de más motivos de diferencia que los puramente ideológicos, sino que se estaba creando una situación de rebeldía e indisciplina en el movimiento comunista internacional para la cual pudiera ya no haber arreglo posible. En el curso de la gran polémica ideológica entre Pekín y Moscú se perdió, acaso para siempre y sin que nadie se diese cuenta a tiempo de ello o pudiese hacer nada por evitarlo, en cualquier

caso, la posición de hegemonía indiscutible que el Partido bolchevique (el único Partido comunista del mundo que puede usar ese título, salido de los acuerdos de un Congreso, en 1903, en el que se produjo la división del antiguo Partido socialdemócrata ruso entre bolcheviques y mencheviques, es decir, mayoritarios y minoritarios) ocupaba en el movimiento comunista internacional.

Es del todo posible que uno de los objetivos, uno nada más, y quizá no el más importante, del golpe—difícilmente se le podría considerar de otra forma—que forzó la caída de Jrushev, ya para no levantarse más, consista en buscar el restablecimiento de la situación que existía con anterioridad, en el movimiento comunista internacional, con anterioridad, es decir, a la gran polémica ideológica entre Pekín y Moscú. Pero sería una ilusión el pensar siquiera en que uno sólo de los partidos comunistas de alguna importancia, en particular los del mundo occidental, aceptasen el retorno a una posición de sometimiento a las directrices, a la “línea del Partido” trazadas en Moscú. Eso parece pertenecer al pasado.

Tampoco parece probable que se ponga especial empeño en el restablecimiento de algo más, en el mejor de los casos, que unas relaciones de colaboración además de cordialidad entre las direcciones de los partidos comunistas de China y la U. R. S. S. El hecho de que Suslov haya sido el acusador principal de Jrushev ante los miembros del Comité Central, pudiera no tener una significación especial, no ir más allá de lo que pudiera ser el efecto deseado de ver que la acusación había sido confiada al hombre que gozaba de la reputación de ser la primera autoridad teórica del Partido. Nada mejor que un purista en materia de ideología para ir precisando las tendencias y la conducta desviacionista del dirigente que se había dejado seducir por las tentaciones tremendas del Poder.

Esto, en definitiva, pudiera tener una significación que no fuese más allá, sencillamente, de la significación que pudo tener el encontrar a Suslov al frente de la polémica que no parece haber iniciado el Comité Central de la Unión Soviética, que parece haberse visto arrastrado hacia ella. De un discurso de Suslov, pronunciado el 14 del pasado febrero, ocho meses justos antes del discurso de acusación contra Jrushev en el Comité Central, son estas palabras:

“Los dirigentes chinos, y solamente ellos, deben meterse bien en la cabeza la idea de que nuestro Comité Central, dirigido por Nikita Jrushev, el fiel leninista, está unido y monolítico como jamás lo ha estado.

XAVIER MISTRAL

El camarada Jrushev, con su energía inagotable, su pasión y su fidelidad a los principios auténticamente bolcheviques, es el dirigente reconocido de nuestro Partido y de nuestro pueblo... Es imposible separar del Comité Central, de Nikita Jrushev, la línea leninista que sigue nuestro Partido.”

En vista de lo que ha sucedido y de lo tanto que sobre ello se ha hablado, apenas se podría encontrar mejor ocasión para ese punto final que en realidad estaba llegando ya con gran retraso.

XAVIER MISTRAL.